

PSIQUE [KAREN HORNEY]

Karen recordaba a su madre mirando con desprecio a su padre cuando este llegaba de una de sus misiones. Recordaba las fuertes discusiones que mantenían ambos cuando de ella se trataba. Recordaba empezar a ver las grietas de su matrimonio cuando ella les comunicó, con sus inocentes trece años, sus deseos de estudiar Medicina, cómo su padre se negaba rotundamente y cómo su madre se enorgullecía. Recordaba también sentirse culpable por el divorcio, aunque su madre le asegurara que esa unión había estado desde siempre abocada al fracaso. Recordaba la felicidad que llegó a sentir, la que había conseguido con su marido, con sus hijas y con sus estudios.

Recordaba haberle contado todo esto a Karl Abraham, compañero psicoanalista, ferviente seguidor de Freud, que le diagnosticó depresión, cosa que Karen ya se imaginaba, y que éste relacionó con sus dificultades sexuales y afectivas. Recordaba cómo un fuego nacía en su interior mientras Abraham le explicaba que todos sus problemas se debían a unos deseos reprimidos hacia su padre, que no debía preocuparse, que era algo habitual en las mujeres. Recordaba cómo se había levantado del diván, enfurecida, y cómo había salido de la consulta a toda prisa, con la voz del psicoanalista sonando a sus espaldas. En ese momento, Karen se había decidido a rebatir esa teoría femenina freudiana, que todos los expertos aceptaban sin cuestionarla.

Karen recordaba lo difícil que le había resultado publicar sus libros, en los que mantenía que el psicoanálisis de Freud estaba hecho por y para los hombres. También recordaba ese gran paso, la marcha a los EE.UU., tras su divorcio, donde comenzó a dar conferencias en reputados lugares. Recordaba el dolor y la decepción consigo misma que le supuso declarar que abandonaba el estudio de la psicología femenina, al no poder determinar qué características eran propias de la mujer y cuáles eran impuestas por la sociedad patriarcal.

Recordaba los intensos debates con sus colegas en Nueva York, cuando Karen exponía sus ideas sobre la causa y el tratamiento de la neurosis, cada vez más alejadas de las del considerado dios del psicoanálisis, Sigmund Freud. Recordaba cómo se sentía perseguida por ese hombre, que parecía que nunca la abandonaría. Recordaba su agenda cada vez más vacía y sus libros cada vez menos aclamados. Recordaba la marginación.

Recordaba esa esperanzante fundación de la AAP, la Asociación para el Avance del Psicoanálisis, con la que consiguió el apoyo que tanto necesitaba de reconocidos profesionales. Recordaba el duro golpe que había supuesto la ruptura con Erich, al que había considerado el amor de su vida, con el que compartía inquietudes y anhelos, pero también envidias y rivalidades, que trajo consigo la dimisión de miembros clave de la asociación.

Recordaba su primer encuentro con Suzuki, cómo la había impresionado con la combinación de sus ideas orientales, poco conocidas y revolucionarias para ella, y su juventud, cómo le había devuelto un fuego que pensaba ya apagado.

Pero lo que mejor recordaba, sin esfuerzo alguno, era esa consulta en Manhattan, tras volver de Japón, y la cara de ese doctor al comunicarle que padecía cáncer e, indirectamente, que pronto iba a morir.

Karen ahora sólo podía recordar, postrada en la cama de su gran casa en las afueras de Nueva York, esa que había comprado gracias únicamente a su esfuerzo. Lanzó un último suspiro y cerró los ojos lentamente, pensando cuánto le había quedado por escribir e investigar.

Irene Docampo